

Director de la Orquesta Filarmónica de Cuenca



el director de orquesta estudia la partitura sin música pero él la escucha. Si uno observa el movimiento de sus brazos, tan independientes el uno del otro que parecen manejados por distinto cerebro, puede llegar a escuchar, también, el sonido que dibuja en el aire Luis Carlos Ortiz.

por Juan García Agudo / fotos de Carlos Res

Su primer gran amor fue una guitarra que a golpe de acorde le enseñó a amar la música. Por eso en 1997 fundó la Orquesta Filarmónica de Cuenca convirtiéndose en su director, una labor que compagina con su actividad al frente del Coro Alonso Lobo y como docente en el Conservatorio de Almansa.

¿Dónde situamos el punto de partida del director de la Filarmónica de Cuenca?

En mi casa había mucha afición. Recuerdo cantar a las personas antes que a ellas, sonidos antes que las imágenes. Mi abuelo tocaba la bandurria y la guitarra, mi padre también... Se juntaba la familia para tocar en mi casa y así pasaba muchas tardes.

¿Qué recuerdos tiene de aquellos primeros años?

Recuerdo que con cinco años hice mi primer examen. Salimos a las seis de la mañana de Cuenca para llegar a Madrid a las ocho y media y el examen empezaba a las nueve. Nada más llegar nos metieron en un aula de la que no podíamos salir hasta que venían a buscarte cuando te tocaba el turno de examen. Salimos de allí a las once de la noche con lo cual la experiencia, para un niño de once años, que no comía más que un bocadillo y que no veía a sus padres en todo el día, era verdaderamente traumática.

Muchos critican una excesiva rigidez del sistema. ¿Es ésta necesaria?

No, yo recuerdo que un compañero que había tocado con un director ruso muy famoso, más todavía por ser un demonio, me contaba que la gente de la orquesta, del miedo que le tenían, se ponía enferma el día antes del concierto y salían al escenario muertos de miedo. Él decía que con esa rigidez se habían conseguido cotas muy altas y yo le decía "no puedo manejar el espíritu artístico de los miembros de la orquesta si están muertos de miedo porque un artista se retrae

y no sale". Yo necesito darles toda la confianza del mundo.

Pero tal vez por esa rigidez de la que estamos hablando, es generalizado el sentimiento de que los músicos del norte de Europa, por su disciplina y temple, son los mejores.

Ese es un mito urbano que hay que desterrar; es decir, la capacidad artística que tiene el mediterráneo está completamente demostrada. La música nace, prácticamente, de las botas mediterráneas. Lo que sí hay que poner en valor es que la gente del norte aprecia mucho sus cosas y no les importa dar cancha a los buenos músicos. Además tienen una capacidad de trabajo y una organización maravillosa. A un músico español hay que decirle diez veces la misma cosa y te lo hará todas esas veces con una elegancia y una musicalidad posiblemente superior a la alemana, sin embargo a un alemán se lo dices una sola vez y ya lo hará así el resto de su vida.

¿Existe el músico perfecto?

Yo a veces digo que tendríamos que tener la creatividad española, la organización alemana, la meticulosidad japonesa y saldría un músico perfecto. Pero no creo que exista este músico a pesar de que siempre vamos superando el listón.

¿Es entonces la capacidad del artista limitada?

El arte es una esfera en la que siempre vas descubriendo distintas facetas, distintas luces y situaciones que van posibilitando que tú también vayas haciéndote como artista con el paso de la vida.

¿Es ese paso de la vida lo que hace único a un artista?

Yo tenía un profesor de dirección de orquesta, Francisco García Nieto, que siempre decía: "un artista tiene que sufrir en la vida para poder ser un gran artista". Si no ha tenido experiencias profundas no puede ser un buen artista. Y con este sufrimiento se refería a